

## COLOQUIO SOBRE LOS PRECURSORES DE LA CRUZ ROJA

(Ginebra, 26-28 de octubre de 1988)

Con motivo del 125.º Aniversario del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, la Sociedad Henry Dunant organizó un coloquio dedicado a los «Precursores inmediatos de la Cruz Roja», que tuvo lugar en Ginebra, del 26 al 28 de octubre de 1988.<sup>1</sup>

Durante tres días, historiadores, teóricos y miembros activos de la Cruz Roja y de otras instituciones académicas y privadas se esforzaron por descubrir o redescubrir a las mujeres y a los hombres que, particularmente en el siglo XIX, manifestaron las mismas preocupaciones que «el Comité de los cinco» con respecto a los militares heridos y enfermos, los prisioneros de guerra, la neutralización de los heridos, del personal y del material sanitarios y la creación de sociedades de socorro permanentes. En resumen, la finalidad del coloquio era calibrar la influencia de esta sensibilidad humanitaria que, el año 1863, cristalizó en la fundación de la Cruz Roja.

\*  
\* \*

El coloquio fue abierto oficialmente el 26 de octubre por el *señor Pierre Wellhauser*, presidente del Consejo de Estado de la República y Cantón de Ginebra. El *señor Maurice Aubert*, vicepresidente del CICR y presidente de la primera sesión del coloquio, rindió homenaje a la Sociedad Henry Dunant y expresó su deseo de que ese acontecimiento, destinado a valorizar a los precursores de la Cruz Roja, sirviera para hacer comprender mejor que el derecho humanitario y los principios de la Cruz Roja se fundan en un ideal al que todos los pueblos aspiran. «Es de desear» —concluyó— «que todos los Gobiernos tomen conciencia y acepten en todas las circunstancias que el respeto de lo humanitario prima sobre las consideraciones de orden político».

---

<sup>1</sup> El programa de este coloquio figura en el número 88 de la *RICR* (julio-agosto de 1988), pp. 422-426.

En el transcurso de esta primera sesión dedicada a las cuestiones humanitarias de índole general, el *señor Guy-Olivier Segond*, alcalde de la ciudad de Ginebra, presentó una síntesis de la **evolución del derecho humanitario** a lo largo del tiempo desde las primeras civilizaciones africanas o indígenas hasta la Guerra de Secesión; supo mostrar que principios, costumbres y normas humanitarias existían antes del Convenio de Ginebra del 22 de agosto de 1864, pero que la genialidad de Henry Dunant consistió en sustituir las normas nacionales, elaboradas en tiempo de guerra para los años de combate, por un tratado internacional, ratificado en tiempo de paz, fundado más en valores universales que cristianos o europeos, permitiendo así a los pueblos del mundo entero encontrar las raíces del derecho humanitario contemporáneo en su propia historia.

Fue oportuna la intervención del *señor Bruno Zanobio*, profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Milán, que recordó las innovaciones técnicas y balísticas que modificaron la táctica de las batallas en el siglo XIX, planteando nuevos problemas en el ámbito de **la cirugía y la medicina militares** y creando nuevas exigencias a la organización de los servicios sanitarios militares.

Fue la ocasión también para que *Giuseppe Armocida*, de la Universidad de Milán, recordara la gran figura de **Louis Appia**, cofundador de la Cruz Roja, dedicado a la cirugía de guerra. Con las experiencias adquiridas restañando las víctimas de los movimientos revolucionarios en Europa, investigó sin cesar sobre el tratamiento de los traumatismos de guerra. Su tratado de cirugía «*Le chirurgien à l'ambulance ou quelques études pratiques sur les plaies par armes à feu*» (El cirujano en la ambulancia o estudios prácticos sobre las heridas causadas por armas de fuego) se convirtió en un texto de referencia en la materia.

Aún embrionaria a mediados del siglo XIX, la idea humanitaria se desarrolló durante la guerra del Sonderbund en 1847, las guerras de Italia, la guerra de Crimea y la Guerra de Secesión. El coloquio se centró en esos sucesivos acontecimientos y sus efectos a nivel humanitario.

En 1847, la guerra del Sonderbund amenazaba la existencia de Suiza. Rompiendo el pacto federal de 1815, siete cantones católicos formaron entre sí una alianza. La dieta recurrió a **Guillaume-Henry Dufour**, lo nombró general y le encomendó vencer la secesión y restablecer la paz, lo que haría con el consabido éxito. Le tocó al *señor Dominic Pedrazzini*, jefe de los Servicios Generales de la Biblioteca Militar Federal y del Servicio Histórico en Berna, exponer los conceptos y las realizaciones humanitarias de este jefe de guerra que logró mantenerse siempre en el «marco de la moderación y de la humanidad» e hizo una cuestión de honor el limitar los daños causados por la guerra.

La iniciativa tomada por los ciudadanos de Zurich a comienzos de la guerra del Sonderbund es una acción mucho menos conocida, a la cual se refirió el

*señor Werner G. Zimmermann*, de los Archivos de Estado en Zurich, quien describió las actividades de la **Sociedad de la Ciudad de Zurich** para transportar a los militares gravemente heridos, asociación efímera que desapareció en 1848, pero que anunciaba ya las futuras sociedades de socorro.

\*

\* \*

La guerra de Crimea, en la que se enfrentaron de 1853 a 1856, el Imperio Otomano y después Francia e Inglaterra contra Rusia, fue la revelación del colapso, pues permitió ver los terribles daños causados no tanto por la guerra como por las epidemias, las enfermedades, la insuficiencia de personal y de medios sanitarios, así como la falta de organización de los servicios sanitarios de todos los ejércitos. Hombres y mujeres iban a reaccionar contra tales carencias que causaban más víctimas que la guerra en sí misma.

En primer lugar, **Nikolai Pirogov**, hombre de ciencia y humanista que revolucionó la cirugía de guerra utilizando por primera vez la anestesia mediante el éter y el cloroformo, así como los antisépticos, antes y durante la guerra de Crimea, particularmente durante el asedio de Sebastopol.

Hecho menos conocido, el doctor Pirogov asumió la dirección de las enfermeras de la comunidad de la Exaltación de la Cruz que trabajaban en el teatro de operaciones militares. Fue un ferviente defensor del empleo de las enfermeras en los hospitales militares y durante los traslados de heridos.

Defendió asimismo la idea de que, en tiempo de conflicto armado, la organización de los servicios sanitarios tiene importancia primordial. Se esforzó por remediar la situación a menudo desesperada de los enfermos y de los heridos durante su traslado y puso en funcionamiento un sistema de evacuación rápida de los heridos y de los enfermos de los campos de batalla y de transporte al hospital más próximo. Como él mismo escribió: «No es la medicina, sino la administración la que desempeña un papel esencial en la ayuda que se presta a los heridos y a los enfermos en el teatro de la guerra».

Rindió homenaje a este pionero el *doctor Dmitry D. Venedictov*, presidente del Comité Ejecutivo de la Alianza de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja de la URSS.

Otra gran figura de la guerra de Crimea, **Florence Nightingale**, fue evocada por el *señor Barry Smith*, profesor de Historia de la Universidad Nacional de Australia en Cambera, y por *Sue Goldie Moriarty*, editor de la correspondencia de Florence Nightingale.

Los autores de ambas ponencias trataron de delimitar claramente la personalidad de la «Dama del farol» y de distinguir entre la leyenda y la realidad. Un aspecto poco conocido es la reputación que había adquirido Florence

Nightingale en Inglaterra, mucho antes de la guerra de Crimea, cuando dirigía un hospital para mujeres de escasos recursos en Londres. De una dulzura angelical con los enfermos, Florence Nightingale dio pruebas de un espíritu de decisión y de una notable tenacidad ante el espíritu rutinario e incluso la hostilidad de los Estados Mayores. Durante la guerra de Crimea, al igual que Pirogov, logró hacer admitir a las enfermeras en los hospitales militares contra la hostilidad de las autoridades médicas; construyó hospitales, dispensarios, establecimientos para convalecientes, contra viento y marea.

En varios aspectos, prefiguró la obra de la Cruz Roja, controlando la distribución de socorros y de medicamentos, independientemente de las autoridades militares y gubernamentales, garantizando una dirección autónoma de los servicios de enfermería, esbozando un servicio de búsquedas (indagaciones sobre los soldados desaparecidos y comunicación de los decesos a los familiares).

Se reveló asimismo que Florence Nightingale se mantuvo decididamente «nacional», que paradójicamente prefería la tutela del Gobierno a la de una institución internacional para organizar los servicios de enfermería y los socorros y, finalmente, que era escéptica con respecto a las ideas de neutralización de los heridos, los enfermos y el personal médico por las que abogaba Henry Dunant.

Durante esta segunda jornada, presidida sucesivamente por el *señor Jean-Claude Favez*, rector de la Universidad de Ginebra, y el *señor Philippe Grand d'Hauteville*, director de la Cruz Roja ginebrina, se evocaron otros precursores de la Cruz Roja: el *señor Jacques Meurant*, redactor jefe de la Revista Internacional de la Cruz Roja, presentó la figura del príncipe **Anatole Démidoff**. Este filántropo ruso, conmovido por el aislamiento y la precaria condición de los prisioneros de guerra, organizó una verdadera «red humanitaria europea» en favor de ellos durante la guerra de Crimea. Gracias a la ayuda de agentes oficiales y oficiosos en París, Londres, Estambul y San Petersburgo, pudo obtener y transmitir informaciones sobre la identidad, el estado físico de los prisioneros y sus condiciones materiales y morales de detención, así como socorrer a los prisioneros y, sobre todo, transmitir noticias a sus familiares. Las visitas a los campos de prisioneros de esos agentes permitieron, además, mejorar las condiciones de reclusión.

Por último, reseñando las realizaciones de esta asociación en los diversos lugares de detención, quedó de manifiesto que muchas de las disposiciones del III Convenio de Ginebra estaban ya contenidas en germen en las medidas pragmáticas tomadas por las autoridades a impulsos de Démidoff y sus amigos.

No cabe duda de que la acción de Démidoff, que con tanto celo se dedicó a procurar el bienestar de los prisioneros de guerra, tanto el de los pertenecientes a las naciones en guerra con la suya como el de los propios compatriotas, reafirmó las convicciones de Henry Dunant sobre la necesidad de garantizar

la protección debida a los prisioneros de guerra e influyó sobre el escepticismo de Gustave Moynier induciéndolo a adoptar una actitud más comprensiva en ese ámbito.

La intervención en una escala inusual de las mujeres en la asistencia a los heridos y a los enfermos durante la guerra de Crimea permitió también revelar la obra de la **gran duquesa Helena Pavlovna** y de sus ayudantes, presentada por el *señor Walter Gruber*, de la Cruz Roja Alemana en la República Federal de Alemania, la de **las Hijas de la Caridad**, que actuaron también en los campos de batalla de Argelia, Italia, México y Estados Unidos de 1847 a 1863, como dijo la señora *Renée Lelandais*, de la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente Paul en París.

Iniciativa muy importante, pero poco conocida, la del médico inspector Lucien Baudens, enviado en misión a Crimea por el servicio sanitario francés, que estudió los diversos aspectos del funcionamiento de los servicios sanitarios militares, confrontados con las epidemias y los efectos de las nuevas armas, así como las condiciones de trabajo de los médicos militares que actuaban en los campos de batalla.

En vista de la falta de protección de los médicos, que nada distinguía de los militares en el campo de batalla y que eran a menudo víctimas de graves desprecios, Lucien Baudens declaró: «Esos desprecios serían imposibles si, mediante un entendimiento entre las naciones, los médicos y el personal hospitalario llevaran un signo distintivo, el mismo en todos los ejércitos y en todos los países, que los hiciera fácilmente reconocibles por ambas partes».

El informe de Baudens, tan rico en enseñanzas y sugerencias, pasará a ser letra muerta, pero, como recordó el *señor Jean Guillermand*, ex médico de los hospitales militares de Francia, debe considerarse como «una de las manifestaciones precoces de una reivindicación que adquirió derecho de ciudadanía algunos años más tarde, después de que otros conflictos, la guerra de Italia y la Guerra de Secesión particularmente, mostraron su acuciante necesidad».

\*

\* \*

Durante las guerras de Italia y la Guerra de Secesión, los observadores atentos no pudieron dejar de conmoverse ante el martirio de los soldados heridos y enfermos. ¿Cómo hacer más llevadera la condición de los heridos en un futuro y salvar vidas humanas? El **doctor Ferdinando Palasciano**, cirujano del ejército de los Borbones, se alzó contra la prohibición impuesta a los médicos militares de recoger o curar a los heridos de los ejércitos vencidos. Para él los heridos eran sagrados. En 1861, en una comunicación enviada a la Academia Pontaniana de Nápoles «Neutralidad de los heridos en tiempo de

guerra», Palasciano considera indispensable que, en toda declaración de guerra, los Gobiernos reconozcan recíprocamente el principio de la neutralidad de los combatientes heridos o gravemente enfermos durante todo el tiempo del tratamiento. Pero, como demostró el profesor *Andrea Russo*, de la Universidad de Nápoles, Palasciano opinaba que debe ser responsabilidad de los Gobiernos aumentar el personal militar, a fin de garantizar la asistencia a los enfermos y a los heridos. La creación de socorristas voluntarios, decidida por la Conferencia de 1863, no bastaba, desde su punto de vista, para resolver el problema.

En 1861, **Henri Arrault**, farmacéutico francés, editó un folleto titulado «Información sobre el perfeccionamiento del material de las ambulancias itinerantes» y, sobre todo, propuso un proyecto de «contrato sinalagmático entre los soberanos», destinado a «destruir las causas que pueden impedir a los cirujanos cumplir su santa misión y que los han forzado, en ocasiones, a abandonar a sus heridos». Desde entonces se consideran como «inviolables» las personas de los cirujanos militares, el lugar de un campo de batalla elegido por los cirujanos para curar a los heridos, etc... Hecho curioso, al parecer, Henry Dunant no conocía esas importantes propuestas de Henri Arrault ni los trabajos de Palasciano. Y tanto es así que, tras la Conferencia Diplomática de 1864, en vista del Convenio de Ginebra, Henri Arrault, sintiéndose ofendido, protestó ante el Comité Internacional porque los artículos del Convenio eran la repetición casi literal de los artículos por él redactados. Esta «guerra de los dos Henri», expuesta por *George Lubin*, editor de la correspondencia de Georges Sand, reveló el papel de conciliador que desempeñó la escritora francesa Georges Sand en esta controversia.

A los nombres de estos precursores desconocidos cabe agregar el del **conde Félix de Breda**, figura presentada por el *señor Eric Schmieder*, director de la Cruz Roja Francesa. Sin haber participado jamás en grandes campañas militares, el conde reflexionó sobre el cometido que podrían desempeñar las enfermeras voluntarias para asistir a los numerosos heridos que cubrirían los campos de batalla. El proyecto de organización del personal hospitalario militar que presentó al presidente de la República, Luis Napoleón, en 1851, no tuvo eco inmediatamente, pero su idea se abrió camino hasta Dunant y Moynier.

Es extraño asimismo que, según parece, Dunant tampoco conociera los trabajos de **Francis Lieber** sobre la codificación del derecho de la guerra en el marco de la Guerra de Secesión. El historiador norteamericano de la Universidad de Harvard, *Frank B. Freidel*, presentó una ponencia sobre la vida y la obra de Francis Lieber. Especialista del derecho consuetudinario de la guerra, autor de un manual de ética política, Lieber fue invitado por Henry W. Halleck, general en jefe del ejército de la Unión, a escribir un reglamento para determinar el comportamiento que deben tener los ejércitos. Ese reglamento se convirtió en una recopilación de «Instrucciones sobre el comportamiento en campaña

de los ejércitos de los Estados Unidos», que el presidente Lincoln dirigió a los ejércitos en su Orden del Día Nº 100. Esas Instrucciones, que fueron aplicadas en cierta medida durante la Guerra de Secesión por los ejércitos de la Unión y por los confederados, inspiraron más tarde a los legisladores los Convenios de la Haya de 1899 y 1907.

El historiador oficial de la Cruz Roja Norteamericana, *señor Patrick F. Gilbo*, rememoró la personalidad y la obra de la que fue llamada «el ángel de los campos de batalla» durante la Guerra de Secesión, **Clara Barton**. Decidida a ayudar a los soldados, «puesto que no podía ser uno de ellos», se dedicó a socorrer y a reconfortar a los heridos y a los enfermos de los ejércitos de la Unión, particularmente en los campos de batalla de Maryland y de Virginia.

Varias asociaciones privadas en favor de los heridos y de los enfermos se hicieron famosas durante la Guerra de Secesión. *Jane Turner Censer*, de la Universidad norteamericana de Washington, se refirió a la acción de dos comisiones concurrentes: una de ellas laica, la **Comisión Sanitaria de los Estados Unidos**, asociación integrada por profesionales remunerados y voluntarios, cuya finalidad era garantizar que los soldados estuvieran correctamente alojados, alimentados, vestidos y cuidados; la otra confesional, la **Comisión Cristiana de los Estados Unidos**, integrada por voluntarios, que socorrieran a los soldados en el campo de batalla.

Entre las asociaciones humanitarias cabe mencionar también a la **Orden de San Juan de Jerusalén**, dedicada desde el siglo XI a los enfermos y a los pobres, que, en el siglo XIX, extendió su acción a los heridos en caso de guerra, tal como mostró el profesor *Walter Gert Rödel*, de la Universidad de Maguncia.

Este cuadro hubiera quedado incompleto si no se hubieran evocado algunos aspectos poco conocidos por el público acerca de la batalla de Solferino. ¿Quién sabía que, la noche del 24 de junio de 1859, el general francés Lavalette encomendó a un sacerdote lombardo, **don Lorenzo Barzizza**, que organizara la asistencia a los millares de heridos que llegaban a Castiglione? Este padre realizó verdaderos milagros. Trabajando incansablemente día y noche, puso en funcionamiento doce hospitales de urgencia, que hizo surgir prácticamente de la nada, y organizó la ayuda médica, asistiendo a los moribundos, presente en todo lugar donde se solicitaba su ayuda.

¿Podemos ignorar la noble figura de **Valérie de Gasparin**, su espíritu de compasión, su pensamiento altruista? El *señor Gabriel Mützenberg*, presidente de la Sociedad Evangélica de Ginebra, evocó la memoria de quien tomó la iniciativa de hacer un llamamiento en favor de los heridos de la guerra de Crimea, y escribió a Dunant poco después de Solferino: «Ante todo, señor, estrecho su mano; es usted un joven valiente, un buen hombre». Dunant encontró en la persona de Valérie de Gasparin a un ser comprensivo a quien transmitió sus impresiones sobre la matanza de Solferino y solicitó ayuda,

donativos, voluntarios para asistir a los moribundos y a los enfermos. La condesa se apresuró a comunicar a la prensa, en Francia y en Suiza, pasajes de los mensajes de Henry Dunant en que se describe en toda su amplitud la miseria humana y que anunciaban el *Recuerdo de Solferino*: «Desde hace tres días, atiendo a los heridos de Solferino en Castiglione; he asistido a más de un millar de desdichados. Tuvimos 40.000 heridos (...). Los médicos no dan abasto; he tenido que reemplazarlos bien o mal, con algunas mujeres de la localidad y prisioneros en buen estado de salud.», publicado por *El Journal de Genève*, el 9 de julio de 1859.

La **información y los comentarios de la prensa ginebrina** fueron precisamente el objeto de la ponencia de *André Durand*, ex delegado general del CICR, que se refirió a la posición de los principales periódicos de opinión de Ginebra sobre la guerra del Sonderbund, a las informaciones en la prensa sobre la guerra de Crimea, particularmente acerca del estado sanitario, la organización de los servicios sanitarios, etc., y, por último, sobre la campaña de Italia y los llamamientos de Appia, Dunant.

\*  
\* \*

Al final de la última jornada del coloquio, presidida por el *señor Félix Christ*, encargado de prensa de la Cruz Roja Suiza, y el *señor Youssef Cassis*, de la Universidad de Ginebra, el *señor Roger Durand*, presidente de la Sociedad Henry Dunant en Ginebra, hizo un balance del coloquio, salpicado de numerosos debates, esforzándose por desenredar los enmarañados hilos de la génesis de la Cruz Roja.

El coloquio reveló claramente que Henry Dunant no inventó la asistencia humanitaria a las víctimas de la guerra y que aquéllos a quienes puede considerarse como sus precursores habían expresado ya ideas pertinentes, incluso decisivas, en cuanto a la asistencia a los militares heridos, la neutralización de los heridos y del personal sanitario y la asistencia a los prisioneros de guerra. Esos precursores lo habían prácticamente comprendido y practicado todo. No obstante, fueron seres solitarios que no pudieron o no supieron hacerse oír. Muchas iniciativas personales quedaron en la nada, algunas de ellas fueron ocultadas por los servicios gubernamentales, otras cayeron rápidamente en el olvido.

Sin embargo, el impulso determinante lo dio en Ginebra, el año 1863, un puñado de hombres. ¿Por qué? Ante todo, porque Henry Dunant y sus colegas fueron los primeros en **preparar la acción humanitaria en tiempo de paz**.

En segundo lugar, porque Henry Dunant fue también el primero en pensar que la protección debida a las víctimas de guerra debía ser objeto de un **acuerdo**



**multinacional**; concepto audaz para la época, finalmente coronado con el éxito, pues acreditaba la idea de que la Cruz Roja no representa a ningún partido, a ninguna ideología, a ninguna religión, y que, por lo tanto, está habilitada para tratar con todos los Estados.

El Comité de los Cinco pensaba, asimismo, que la humanización de los conflictos debe ser una **acción permanente**, que debe desarrollarse, como lo prueban sus esfuerzos posteriores a 1864.

Otro punto importante: Dunant y Moynier actuaron siempre **fuera de los círculos oficiales**; sus iniciativas privadas tropezaron a veces con el Gobierno ginebrino.

Por último, la importancia de Henry Dunant y de los padres fundadores sigue siendo capital, sin duda, porque tanto a los unos como a los otros, en diferente grado, devoraba una misma **pasión**, casi patológica, como puso de relieve Roger Durand, una **fuerza de convicción**, que no compartían probablemente sus precursores, y un **espíritu de independencia** que, a fin de cuentas, jugó siempre en favor de su Institución.<sup>2</sup>

J.M.

---

---

<sup>2</sup> La Sociedad Henry Dunant publicará próximamente las Actas del Coloquio.